

que tenia ante los ojos el miserable negro, tomó asiento en su comoda poltrona, quien teniendo en pie ante sí, y á la vista de todo aquel aparato otomano al desgraciado versificador, le dijo, con el magisterio propio de un potentado, y deseoso de divertirse á poca costa; que á cada alhaja de las que veia, le fuese acomodando un verso y se la tomase á continuacion. El poeta, al oir propuesta tan ventajosa para su ingenio, fijó la atencion en un par de hermosas cucharas de plata, que estaban sobre la mesa referida, y considerando que aquellas dos piczas remediarian por algunos dias sus consuetudinarias necesidades, y con el fin de no pegarle un chasco pesado á su generoso invitador sació su codicia con la friolera dicha; friolera era en efecto, para un hombre cuya opulencia manifestaba de aquel modo en lo superficial de su casa. El negro, por no abusar de la franqueza del individuo que por primera vez trataba, después de un momento de meditacion, dirigió al propietario, con el intento de complacerle y salir él satisfecho con el botin de su triunfo, el siguiente verso:

A Moisés permitió Dios
que consagrarse en las aras;
yo, con permiso de vos,
me tomo estas *dos cucharas*.

Al oir el verso tan inesperado el rico hombre, convencido de la habilidad del negro, le dijo, *tómatelas en hora buena y vete, estoy satisfecho*. El poeta lleno de placer con su bonancilla, dió las gracias á su favorecedor y se despidió de él haciendole un detenido acatamiento desde el umbral de la elegante pieza.

Viendo el negro un dia, que salia para Veracruz una cuerda de criminales, se acercó al momento hácia donde pasaban, y como tenia *dares* y

tomares con todas las gentes, sin excepcion ninguna, conoció entre los maniatados á un delincuente que marchaba al punto referido, en donde se hallaba un sentenciado que habia salido en otras remesas al mismo destino, quien se llevó una sábana del negro; este, con la ocasion que se le presentó por conducto de su conocido de hacer un reclamo á *Pancho el Tuerto*, (nombre acomodado á aquel criminal por los de su calaña), se acercó, repito, lo mas que pudo, para poder hablar al preso y hacerle su encargo, lo que haria, en mi concepto, por natural humorada; pues pensar en el recobro de una prenda de semejante naturaleza, y en poder de un hombre de semejante carrera, era, como vulgarmente se dice, buscar al gato en el garbanzal; y así el improvisador, por modo de pasatiempo, y por la costumbre que le era genial de improvisar, dijo al reo, para que en otros términos lo hiciese á su amigo el presidiario, el siguiente:

Si llegas á Veracruz
y allí ves á *Pancho el Tuerto*,
le dirás que por Jesús,
me mande en la cual fué envuelto.

La situacion miserable en que corrientemente se hallaba el poeta, lo habia reducido á ser el *hazme reir* de toda clase de personas que se divertían con él muchas veces, de un modo burlesco que degeneraba en degradante para el versificador: tal vez no tendria amor propio, ó habria arrojado al suelo el velo de la verecundia. Una ú otra cosa debe creerse, ó seria un arbitrio que tendria adoptado por conveniencia propia, para vivir bien quieto entre las gentes, convencido de que el trato social con toda clase de personas, era su único patrimonio, pues un hombre que no tiene en el mundo arbitrios para subsistir, y que posee una habili-

dad mental, como la poseía el negro, remedia las necesidades de la vida por aquel principio, el mismo que le proporcionaba relaciones con nobles y plebeyos (según las alcurnias de aquel tiempo), con ricos y pobres, con decentes y trapientos ó haraposos, aun cuando parece indudable que la mayor familiaridad era con estos últimos con quienes vivía en amigable armonía y estrecha sociedad; de suerte, que puede asegurarse sin temor de incurrir en equivocación, que ambos (según un dicho vulgar) *se tapaban con una misma frazada*. Lo cierto es, atendiendo á las relaciones que se han adquirido del negro, que muchas veces le despojaban, *sus amigos*, de las miserables prendas que le acompañaban, dejándole como á Adán en el paraíso después que comió la fruta del árbol vedado, sucediéndole varias ocasiones, que cuando buscaba á sus *valedores* para reclamarles las prendas del abrigo nocturnal que comunmente le extraviaban, ya habían marchado á galeras, como le sucedió con *Pancho el Tuerto*. Igual cosa le pasó con otro de la misma ralea, llamado con arreglo á las nomenclaturas de tales sujetos, *Juan el Meco*, á quien con la misma idea del verso alusivo á *Pancho*, dijo el siguiente á otro de la hermandad latrónica, para que reclamase al *Meco*, para que se había llevado de la manera que el *Tuerto*, aunque este segundo Juan, no le había tocado aun marchar á Veracruz, pues el negro indica que hacía tres días que no veía á su despojador, se gun el siguiente que dirigió á otro cofrade:

Si encuentras á *Juan el Meco*,
que desde antier no le he visto;
dile, que por Jesucristo,
me mande en la cual fué envuelto.

Pasando cerca de una barbería el improvisador.

á instancias del maestro barbero que se hallaba en el quicio de la puerta de su tienda, se detuvo un momento; el maestro flebotomiano le movió la tecla favorita al negro, quien después de una rápida ojeada por el interior de la barbería, observó entre varias cosas, á una anciana que dormitaba sentada en una silleta (sillas de madera antiguas, con brazos laterales para apoyarse) teniendo en la misma disposición en su helado regazo, á un gato á quien parecerían mullido lecho las faldas de la vétula. El poeta, después del ligero vistazo y con el fin de satisfacer el deseo de su rapista camarada, dió á la casa barbería con el pincel de su ingenio; la siguiente brochada, que no dejaría muy buen sabor en el paladar del maestro ni de la sofiliota estantigua, quien, seguramente percibió algo de la picante pieza que sigue:

Estuches, vacias, vihuelas,
gatos, viejas.... celosias,
son muebles de barberias
item cuadros, sanguijuelas.

Cierta ocasion aseguran que iba el poeta por una calle de las mas concurridas de esta capital, en la que encontró casualmente, en los mayores apuros, á un elegante amigo suyo, de aquellos cuya elegancia degenera en ridiculez: el caso era, que á la vez que le encontró el negro, se ocultaba en un zaguan por habérsele desprendido un tacon del calzado. El almibarado mozalvete, al verse destaconado, se retrajo de la manera dicha con el fin de remediar el accidente inesperado del zapato, haciendo casi lo mismo que hacen hoy las presumidas petimetras cuando se les suelta la cáliga que adorna las medias de la torneada pierna.

A una feliz casualidad debió que el negro se hubiese presentado con tanta oportunidad, á quien

dió que reir esta célebre aventura; sin embargo, consoló á su amigo y le sirvió de Cirineo en aquella malhadada cuita, solicitando al momento una leña y unas tachuelas ó pequeños clavos: luego que le trajeron dichos utensilios, tomó el zapato cuyo tacón pendía de unas delgadas pitas, dirigiendo al avergonzado Adonis, á presencia de algunos testigos del caso que en semejantes lances no faltan conducidos por la curiosidad al lugar donde estaba refugiado el referido, el siguiente satírico verso:

Si se te ha caído el tacón,
con los clavos se asegura;
*tu eres la cabalgadura,
y yo soy el herrador.*

Habiendo concurrido el poeta á la casa de un amigo con el fin de felicitarle su día natal, y darle una prueba con esta ceremonia que se observa en la sociedad mejicana por una costumbre inmemorial, de la recíproca amistad que profesaba. En efecto, llegó la hora de sentarse á la mesa los amigos y convidados del celebrando: luego que comenzaron á correr las copas del padre Licó (alias Baco) sobre la opipara mesa, huyó de la orgía el juicioso, y recomendable Harpócrates que había presidido la reunion antes de que asomasen en aquella mansion de la confianza los zumos de la vid y del maguey, que á pocos momentos interrumpieron el órden que había reinado en la expresada morada, rompiendo los diques del silencio. Todos los concurrentes alzaban las copas al cielo con repetidos y festivos brindis que resonaban por toda la sala, en seguida se dió principio á las bombas de costumbre siendo el improvisador el objeto que no perdian de vista los asociados, cuyos deseos satisfizo, diciendo los dos siguientes que fue-

ron celebrados con estrepitosos vivas y palmoteos: dice la primera.

Quisiera tener yo solo
habilidad con encanto,
para celebrar tu santo
desde el uno al otro polo.

Dice la segunda, que parece fué mas aplaudida que la anterior, por su conclusion.

Mas que el ave de la Arabia
vive, amigo, sin quebranto,
y que celebre tu santo
esta concurrencia sabia.

Un amigo del poeta, deseoso de acreditar ante una reunion de sugetos de suposicion, la facilidad que tenia en concluir versos con piés difíciles; y para demostrar esta verdad y subir á mayor eminencia la habilidad del negro, le dió la idea que después de esta nota verá el lector, la que parece una extravagancia ó absurdidad del entendimiento humano, cuyo resabio le quita el brillante desenlace que le supo dar el poeta, á satisfaccion de los oyentes, cambiando el sentido de las expresiones que parecen en su estado inconcuso, una blasfemia, las que sirvieron de lema al individuo que tenia positivo empeño en aumentar la celebridad del improvisador en ocurrencias sátiles, de suerte, que lo que aparece deforme y monstruoso, por la acepcion literal, convierte el ingenio, bajo formas hermosas, en un bello conjunto de verdades morales al desenvolver sus concepciones virginales, como lo manifiesta la pieza que originó el pié referido, dirigido al versficadar con el objeto que que-

da mencionado en el relato de esta alusion: el que dice así: Pié: Es falso que existe Dios.

*Contestó: ¡Blasfemia horrible y atroz!
¡Miente el que así ha discurrido!
para los que no han nacido,
es falso que existe Dios.*

Entrando el poeta á la iglesia en un día de funcion solemne ó tutelar del hospital, que se infiera seria el de san Andrés, observó á un demandero, que en el acto de dirigir su plegaria al público devoto que entraba por la puerta donde estaba colocado, lo hacia con inauditos desatinos, los que llamaron la atencion del negro, quien, conociendo que semejantes despropósitos vertidos en la entrada de un santuario, necesitaban una severa reprimenda y un oportuno correctivo, de una y otra cosa usó, después de oír la fórmula que acostumbraba el pedidor, que decia de esta manera: *para el entierro de los huesos del hospital.* Oídas por el poeta las desatinadas razones que anteceden, se acercó al idiota que en voz alta disparataba sin pudor ninguno, á la faz de la brillante y sensata concurrencia que entraba y salia de la casa de Dios, y le dijo, en estilo reprobivo y cáustico á la vista de innumerables testigos, la siguiente:

*Dos disparates á un tiempo
estás diciendo, animal;
ni el hospital tiene huesos,
ni entierran al hospital.*

A continuacion, con el laudable fin de corregir al mandatario su extraviada oracion, y para que de modo racional se dirigiera al público piadoso con modales expresivos, y cambiando la severidad

en dulzura, le dijo esta segunda cuarteta relativa al mismo objeto; dice así:

*¿Sabes como has de decir,
si no quieres decir mal?
Para el entierro de huesos
que hace este santo hospital.*

En cierta ocasion que pasaba el Viático por una calle, se encontraron casualmente, el poeta y un amigo, estando hincados ambos adorándole, dijo el amigo al improvisador, por no perder la ocasion de oírle discurrir en tan buena oportunidad: *dí un verso al Divinisimo que pasa.* El poeta, que no tenia mas norte que complacer á todo el mundo siempre que se le pulsaba el resorte de la versificacion repentina, preguntó á su camarada, con el fin de satisfacer su deseo, el nombre del padre que conducia el copon de las formas; el curioso le respondió, que no sabia cual era su nombre, pero que su apellido era *Gavilan.* Con esta noticia, que vino al versificador como anillo al dedo, dijo la ingeniosa que sigue:

*Admirado me he quedado
en ver convertido el pan
en Jesucristo encarnado,
y en manos de un Gavilan.*

Cierto día de los que llaman fatales algunos seres desgraciados, pues en cuanto les acontece que sea adverso desde la aurora hasta véspero; sin embargo de ser todo obra del accidente, lo atribuyen á la maligna influencia del día. Si esos malaventurados humanos reúnen á sus comunes desgracias, alguna enfermedad de aquellas que abaten el espíritu y derraman el humor melancólico so-

bre sus rostros, entonces, en vano buscan consuelo y distraccion, porque nada encuentran que sea suficiente para desterrar las confusas ideas que se atropellan en su cuitada fantasía; de suerte, que cuanto rodea á la persona que adolece de la tetricidad, todo le es funesto.

Entre los versos sueltos que he reunido con incansable empeño, originales, segun el relato de los individuos que me los han facilitado, del célebre improvisador, aparecen algunos que retratan la situacion de su autor, pues no puede negarse, que en el poeta la poesia es el lenguaje de su alma, haciendo esta, en concisas palabras, la pintura del mal que le aqueja.

Se dice que el poeta repentino, lo que acredita su melancólica situacion, habiendo oido doblar clásicamente en una iglesia, los clamores del bronce le pusieron de peor condicion, aunque su índole pacífica aseguran no se alteraba por nada. Con el motivo referido, dijo en presencia de algunos amigos que tenian gusto en acompañarle y en oírle, como quejoso de una lengua mordaz el siguiente:

¡Que importa que el bronce gima
al son de la campanada,
si una lengua desatada
hasta las piedras lastima!

A la vez que un indio se cayó accidentalmente de lo alto de un mirador, de donde distaban poco trecho el poeta y los amigos que con él conversaban, uno de estos, movido por el accidente que acababan de presenciar, y tomando por idea la palabra *indio*, á cuya clase pertenecía el infeliz que descendió del andamio al suelo, pidió al improvisador dijese un verso con el consonante de *indio*: el poeta, por complacer á su camarada y satisfacer le

deseo unánime de toda la reunion que siempre le escuchaba como un oráculo, sin embargo de la dificultad del consonante que no le tiene la subrayada voz en el idioma castellano, salió del paso con la violencia que acostumbraba diciendo el que sigue:

Uno por decir rindió,
se equivocó y dijo rindió,
al tiempo que se cayó
desde un mirador un indio.

Pasando el improvisador casualmente ante la puerta principal del entonces tremendo tribunal de la santa inquisicion, á cuya vista se estremecian las carnes y se erizaban los cabellos, en el umbral de la mencionada se hallaba un fraile dominico, sin duda miembro del santo oficio; al tiempo de pasar el poeta, casi tocando su cuerpo con el del reverendo, este le asió del brazo para que suspendiese el paso, de cuya accion algo se sorprendió, pero entró en calma cuando el hijo de Guzman le dijo con arrogancia, (puede haber alguna exageracion en este relato por tantas minuciosidades; quédese uno y otro en su buena opinion y fama;) *un versillo por el aire*: el negro, segun el temor que le inspiraba el tribunal *ignibundo*, llamado, por antonomasia, de la fe, se figuraba en el cráter del Vesuvio y ante un ministro de Pluton príncipe del Averno; con tal motivo accedió á la solicitud del dominicano, y sin mas objeto que el de complacer á quien tenia las llaves del fuego en la mano, le dijo la siguiente quintilla, con mucho tiento, porque, en aquel tiempo, *contra el rey y la inquisicion, chiton*; áice así:

Esa es, padre en conclusion,
mucha confianza y donaire,